

*Perito
en cuentos*

...Una vez hubo un hombre que escuchaba el aire y repetía, en silencio y con insistencia, olas y montañas, árboles y nubes, lluvias y solajeros, piedras y frutos. Ese hombre no tenía machete ni ruela y se echaba tierra a la boca para aprender unas pocas palabras con las que se hacía la piel. Alguna vez, cuando le venían las ganas, pues en su vida eso era el tiempo, se rozaba con las cáscaras de su sombra, que eran las huellas de cualquier animal. Aquello le proporcionaba calzado, que enterraba en la memoria...

Álvaro El Grande les contaba una historia a sus compañeros de manicomio aquel jueves, poco antes de la cena, sentados todos en los banquitos de listones pintados en verde, que tanto gustaba de lamer Paco Chucho que, cuando no se entregaba a pasarles ásperamente la lengua, ladraba con un tono muy cercano al de un auténtico perro de presa.

...Como le interesaba hasta en sueños aprender a tocar el paisaje, nunca cerraba los ojos ni las manos salvo para pestañear. Y, para que le fuera más fácil coordinar ambas partes del cuerpo, llevaba las manos pegadas a las sienes, lo que le obligaba a coger las cosas con las ingles o con el pensamiento...

Álvaro hablaba siempre mirándose a los pies. Así, en cuanto se descalzaba, los internos iban acercándose como una bandada de palomas, porque por costumbre sabían que, de un momento a otro, se arrancarían con una historia, seguramente, de amor para locos.

...Este hombre sólo pasaba hambre de pétalos, y aunque todo era pétalo de algo, hambre era odiar. Por tanto, amaba con igual intensidad un cambio de estación que la chispa efímera de un choque de pedernales ; la pluma que extraviara la floresta, que el palo de luz de una estrella fugaz. Nada le aceleraba tanto el paso como la impresión de oler la silueta de huevos en los nidos, en el envés de las hojas o en el fondo de los estanques. Y es que oler era, justamente, perseguir un trozo de brisa herida por la placidez de unos contornos sin violencia, y sus huevos favoritos, las orquídeas de comisura luminosa, es decir, los cuartos menguantes o crecientes más extremos de la luna...

Álvaro El Grande, que es ficción de Tristán Gris, aparte de estar convenientemente como una “cabra”, oséase, loco, es ateo de dioses y raciocinio, lo cual le convierte en peligrosamente partidario de la fantasía que, como todos sabemos, consiste en una degeneración abrupta de la libertad que no tiene cura.

...Este hombre buscaba mujer o, lo que es lo mismo, inmensidad. Para conseguirlo, se ataba a la cintura la alegría, que es un taparrabos de humo que se procuraba del pellejo de las nubes muertas de la pradera. Cuando le daban arrebatos de sinceridad, se tumbaba en el pecho húmedo de la colina más cercana y, mejilla con mejilla, depositaba la melancolía en luces diminutas que llamaba “ lluvia de no encontrar “ sin saber que eso era, simplemente, llorar.

Álvaro El Grande se iba vaciando de palabras como si se desnudase por dentro. Cuando el sable del timbre que avisa para la cena cortaba de un tajo el tallo de su cuento enredadera, los orates regresaban a sus manías con la naturalidad con la que una piedra se hunde en el agua de una charca, dejando los últimos fonemas del orador como el ondeo en la superficie de unos minutos de fantasía.

El Tristán Gris de antaño enfermó en los acantilados donde creaba sus poemas con pedazos de distancia, que el cuenco de las olas tronzaba en tablones de cristal azul o plata. Alfredo “El Congrio” fue el primero en olerse algo raro cuando Tristanito le contó que la marea de aquel amanecer le había regalado un seno femenino con pezón y todo, como los del almanaque que Pepe “El Zapatero” tenía colgado en su taller desde hacía años.

El segundo en atisbar un cierto desequilibrio en las ideas del, por otro lado, nada congruente vate, fue Don Palmiro, párroco y, por ende, guardia espiritual quien, en su larga carrera de gladiador de la bondad divina, se había convertido en un cacho de pan. Este cura era también la caja fuerte de las debilidades terrenas de su rebaño, en el cual desentonaba, por el tizne ciertamente oscuro del pelaje de su neuma, aquel que ahora la pedía ser rebautizado con el capricho onomástico de Álvaro.

Cuando su relato se queda solo, Álvaro El Grande enfunda sus pies e incorpora el despojo corporal que le ha provocado una existencia de ansiolíticos e inactividad, seña inequívoca de una de una institución inmunda, amarillenta y decrepita, donde los penopatas son carceleros, despiadados vengadores o celosos administradores de las torturas más selectas que la crueldad de una sociedad les paga, a precio de oro, cada mes. Además de cuatro pagas extraordinarias y pluses de peligrosidad, nocturnidad y, seguramente, de saña.

Policarpo Bencomo Yanes, caciquito, gallo y mesías en los asuntos de coraje y estirpe, hacendado de la zona, propietario de las tierras, amo del destino de medianeros, pescadores, cabreros y demás súbditos, era fruto espurio y único de una secreta combinación nocturna de licores y casa de tapadillo. A no ser que su madre, la santa de Doña Consuelo quien, según versión paterna, no gallaba de pura frigidez mariana, hubiera, en algún delirio inescrutable, engrosado la nómina de “ Casa La Húngara “. En esa respetable mansión, las señoras tocadas por el luético ángel de la lujuria ninfomaníaca, a la par que por el bello arte de lo fruitivo, acudían al tintineo o frufnú de un suculento estipendio que llevar a casa.

Por lo tanto, y muy sucintamente, Policarpo es un hijo de puta literal, parido entre algodones y alimentado con las más nutritivas leches que, según los resultados, parecen generarse en las tetas más humildes.

La actividad onírica de Álvaro no despierta aún ni con el repugnante y pegajoso condumio tornasolado que prodigiosamente se trueca en manjares nada más traspasar el umbral del comedor de los orondos guardianes.

Así, la cuchara raída escarba en las húmedas arenas en busca de un cofre botín de corsario ; y el encuentro del famélico cadáver de un insecto alado o de un gusano, supone el instantáneo hallazgo arqueológico, a escala de fósil o momia, del eslabón perdido en la supuesta cadena evolutiva de su delirio.

A Don Policarpo, la cultura literaria se le detuvo en brusco frenazo en el cuarto poema de las Rimas de Bécquer, justo cuando el profesor de literatura del instituto acordaba el importe del diezmo por el enjaretado sobresaliente con el apoderado de la

familia. De tal forma, se fueron amontonando las excrecencias culturales del señorito cual ropa sucia en los sucuchos de sus mejores años.

Sin que esa carencia lo hubiera traumatizado en lo más mínimo, antes al contrario, Don Policarpo protagonizaba en el Casino, junto al resto de los poderes fácticos del pueblo, un campeonato de dominó.

Fue el párroco precisamente quien, en el transcurso de una de esas partidas, puso al día, al cacique acerca de los desarreglos líricos-emocionales de su vasallo Tristán, ahora devenido en Álvaro El Grande.

Don Jaime Cedrés Leal, notario licenciado en asuntos turbios por la universidad del talonario de Don Policarpo, era uno de sus compañeros en el juego de aquella tarde. A su izquierda se sentaba Don Justino Estévez Santana, médico-farmacéutico y albéitar moruno de todos los “conejos” heridos en las procelosas incursiones “ginegéticas” de sus vecinos de mesa a tálamos extraños. Frente a él, el experto pregonero de la autoridad judicial, Don Marcial Sanz Revuelta, pistolero verde oliva cuyo conjuro secreto abracadabrezco para silenciar y apaciguar ánimos era “ *como te vayas de la lengua, te corto los huevos y me los como* “.

Tan ilustres contertulios, asistieron impertérritos, no sin un mal disimulado rictus de regocijo en sus labios, al momento en el que, haciendo gala de su exquisita sensibilidad para con el arte literario, espetó Don Policarpo a su bien intencionado informante :

-“*¡Pues al manicomio con él, coño, que pago yo !*“, concluyendo con un “*¡Y déjese de majaderías, joder, que estoy ocupado !*”.

Como a buen fámulo con pocos rugidos basta y si además añadimos que el capitular interlocutor, por solvencia en el oficio, estaba hecho a obedecer, a nadie extrañó que en veinticuatro horas los huesos, las fantasías y las lágrimas de Tristán,

metido ya irremediablemente a Álvaro, reposasen en el mausoleo de la iniquidad del Hospital Psiquiátrico de la Santa Cruz.

Álvaro El Grande admitió el nefelismo como el punto de unión con la libertad disfrutada a pierna suelta en los acantilados. Desde las nubes le llovieron entramadas con la garúa, deshilachadas por el viento o en transfusión solar las historias que guardó en los frascos del silencio de la languidez de su mirada extraviada hasta que puso los pies en el suelo aceptando el hocico de su oficio que era, a saber, el de perito en cuentos.

...En la calle de La Noria está sucediendo un fenómeno sin precedentes pues, a la altura del número veintiocho de la acera derecha y al del quince de la izquierda, mirando desde el mar y en sentido ascendente, se levantan sendos inmuebles de cinco y cuatro pisos respectivamente, que van inclinándose día a día y muy lentamente uno hacia el otro. Expertos en diferentes materias se han entregado en cuerpo y alma al estudio de las causas que justifiquen este insólito portentoso. Desde los análisis exhaustivos del terreno donde se cimientan hasta los minuciosos cálculos de ángulos, trayectorias y coeficientes, pasando por el examen y experimentación en el laboratorio que, a tal efecto, se ha creado en un remodelado cuartucho, sito a un par de cientos de metros en la misma calle... Nada, hasta ahora, ha revelado ninguna verdad científica sobre el hecho...

A las cinco en punto de una templada tarde de viernes mayero, Álvaro El Grande, tras descalzarse y después de unos minutos, los suficientes para facilitar el aposento de los ánimos y de los cuerpos de sus camaradas de reclusión, se arrancó, con

levedad de tono, las prendas de sueño que le vestían por dentro. Sólo Paco Chucho repasaba a dentelladas cortas y rápidas el largo de su antebrazo en busca y destrucción de alguna pulga, imaginaria o no ¡vaya usted a saber !.

...Aunque, en un primer momento, gracias al celo y a la discreción de todos los estamentos implicados, directa o subsidiariamente, en la resolución de los problemas, los medios de comunicación contuvieron su desmedido afán por sacar tajada informativa del suceso. Luego, los nudos fueron cediendo, las cremalleras se descorrieron, las compuertas se levantaron, se rasgaron los cortinajes y los preservativos retiraronse, consiguiéndose así que, desde la barra del bar al congreso extraordinario, desde el pleno en la peluquería hasta el quórum en la cámara legislativa, en todos tomaran el absoluto protagonismo del parloteo.

Incluso una pléyade de brujos, hechiceros, videntes, quiromantes, auspices, vates y demás pájaros de buen o mal agüero montaron campamento en los arrabales próximos al lugar del alarde mágico-arquitectónico. Allí se instaló la faramalla de lo esotérico, empeñada, a precios populares, en aguizgar fantasmas, espíritus errantes y demás fuerzas ocultas.

Las horas de plática monologa de Álvaro pasaban por ser el despreocupado asueto de los loqueros, y es que, viéndolos en redor del cuentista, cualquiera los hubiese confundido con un grupo de angelitos en pacífica asamblea.

Entre tales querubes se encontraba “Napoleón Bonaparte”, urdidor de complicados planes estratégicos entre los sórdidos pasillos del centro, mientras paseaba con altiva dignidad con su mano oculta tras la indómita guerrera. También asistía “El

Zorro”, quien tenía llenas de desagradables “Z” todas las paredes pues, con una ramita a modo de florete, previamente embadurnada de mierda en las letrinas, se dedicaba a dejar su marca por doquier. También podía encontrarse allí a Arquímedes “El Rabito”, apodado así por su enternecedora manía de acometer, pene en ristre, por la retaguardia, a las piadosas hermanas del Corazón de Jesús cuando, en cumplimiento de su ingrato trabajo, se agachaban para hacer las camas. O al no menos curioso Benito “El Mosca” quién, aparte de hacer honor de un dominio perfecto del lenguaje zumbante y gesticular de tal insecto, se pasaba toda la jornada hurgando en los bidones de la basura. Aún se recuerda su mejor proeza, acaecida en plena celebración onomástica de un interno, cuando tuvo a bien posar todos y cada uno de sus ciento seis kilogramos de peso sobre la tarta. Huelgue decir que desde entonces, en tales ocasiones, se le amarra, por sí las ídem...

...Pero todo estudio, conjetura o intento para detener la lenta, pero inexorable inclinación de los edificios fue en vano. Aquél asunto escapaba al control empíreo así que, derrotados, se sentaron a disfrutar en extraña mixtura de camaradería matemáticos y exorcistas, físicos y cartomantes, geólogos, nigromantes y demás ralea.

Cuando caía sin remedio el sol a la altura de las ventanas de los últimos pisos, los quicios de estas se alongaron en forma de grandes labios y, ya rozándose un edificio con otro, sonó un ósculo algo tintineante, debido seguramente a la turbación de las vidrieras. Unos segundos después, y con la misma morosa lentitud con la que habían ido aproximándose, fueron remontando sus respectivas trayectorias hasta volver a su posición original.

Desde entonces, en la calle de La Noria, cualquiera que pase por allí puede contemplar cómo, algunos atardeceres, dos casas de cuatro y cinco pisos respectivamente, acercándose una hacia la otra y, tras un suave roce de sus muros , se besan...

Justo entonces restalló el timbre que, como siempre destrizó la tranquilidad del jardín y los locuelos volvieron bruscamente a su realidad, mientras Álvaro se calzaba para irse por las nubes del ocaso, que ya eran mayoría en el cielo.

No dejan de ser sorprendentes las cosas que le regalan sus familiares a los internos. Al “Papa”, que dice llamarse Juan cuando, en realidad le bautizaron con el nombre de Joaquín, los Reyes Magos le regalaron el año pasado una pelota de goma, imitación de las reglamentarias de cuero, pero con tan mala o buena fortuna, que Paco Chucho le arreó un buen mordisco. Esto le vino como caído del reino de los cielos a “Su Santidad Juan” pues, como resultado de dividirlo por la mitad, se encontró con dos solideos de quita y pon.

Al “Regadera” llamado así después de no recuperarse del deliriums tremens provocado por un desengaño amoroso cuya secuela lo empapa, si no anda espabilado, entrepierna abajo, le regalaron sus hermanas unos prismáticos, empero al advertir que “- cuando miro todo brinca -“, inconsciente del tiriteo de sus manos, fue y los aventó. Dos semanas más tarde, “Helsinki”, un extranjero loco que no sabía ni jota de español, andaba por el manicomio sacando fotos imaginarias a todo el que se le cruzase en su camino con unos desvencijados prismáticos. Y así sigue hasta hoy.

La timidez ruborizada con patas, alias “Tomatito”, tiene doce hijos, prueba evidente de que la candidez no atenúa ciertas facultades. Sus retoños, en cada visita le regalan un libro que, tras ser devorado primero a hurtadillas en ávida lectura, es posteriormente engullido para así destruir las pruebas del presunto delito, sacándole así el máximo provecho a la literatura, lo que quizás sea el motivo, según comentan sus allegados, de su extrema rubicundez, que nunca antes se le había apreciado.

Al amanecer, instante de hallazgos en sí mismo, Álvaro El Grande, tras escaramucear su cuerpo por el roto sin zurcir de la alabrada que linda por su parte posterior al frenopático con la margen mejor acantilada del Barranco Santos, descubrió, con la alacridad propia del que regresa al asombro del buen recuerdo, las cortaduras de basalto donde recuperar la libertad arrebatada.

...Erase una vez alguien que se presentaba como vendedor de palabras. Las llevaba impresas en papiros cual lápidas para mariposas, rayadas en el fondo de los peroles de aluminio que comerciaba en gris, en cajas de madera de tea como balajes extraídos de las profundidades del ocaso, tramadas en seda profusamente lenes como láminas de viento, cicatrizadas en menajes de terracota que parecían el pecho de un ave surta en su propia quietud, presas en vidrios tal que fuesen el arañó de un felino, cinceladas en piedra, auténticos negativos de la mar reventando en la costa, buriladas en cuero sembrando las huellas heterodoxas de una bailarina...

... Ese alguien, ofertaba vocablos para cualquier tipo de uso. Yo le vi ofrecer fonemas de llave para acceder a miradas, o monosílabos yema de dedo para cancelar el trayecto de una lágrima...

Descalzo, Álvaro acurrucaba, como siempre, con el efecto de manta de paz, los alrededores de su historia y, tapaditos por la fantasía, se dejaban adormecer los locos. A estos por orden de la dirección del Centro, se les habían sumado las mujeres del pabellón anejo, enfundado, salvo la mancha verde inglés de la pequeña puerta metálica incrustada en él, por el muro amarillo, todo crispado de cristales en la encimera.

Aún así, algunos machos y hembras de este templo del despojo, han contraído solemnes nupcias a través de las escuálidas rendijas que jalonan el quicio de la puertita. Sírvese a modo de ejemplo el fallido intento de darse progenie de “Guarapo” y su media naranja “Verdurita”, consistente en hacer traspasar, tras inevitable manipulación, el líquido elemento del milagro de la vida por la hendidura para, en raudo viaje, ser introducido en las oscuras habitaciones vaginales del fracaso que, al menos, sirve como combustible para encender los hornos de las pupilas de la tal “Verdurita”.

...Ese alguien nunca quiso ser alguien. Gustaba de morirse cada día, pero siempre hubo un sonido que le afectaba el hecho de nacerse. Y pensando, como los idiotas, que los demás eran de su misma condición, se puso a entregar su fatuo tesoro en objetos inventados para guardar sombras, impedir que se volase la ilusión, se acomodase la esperanza, se comiera la amistad, se atorase la alegría o se durmiese la utopía. Pretendía también conseguir jaulas para lo feo, recipientes para tener siempre lluvia, paños con los que atar los odios o anillos para pergeñar ideas y cosas así.

...Ese alguien amó tanto, que se olvidó de él y empezó a ser transparente por dentro ; tanto, que sólo se le podía intuir bajo la marquesina de sus pestañas. Un día, por mucho que memorizó no consiguió verse las huellas. Supo entonces que había contraído la primavera y, como prueba, se le

descuajaron las piernas. Tiempo fue hasta que, hecho a ser mitad, un amanecer principió a descascararse, aceptando el otoño como irremediable...

Álvaro El Grande se lo fuma todo, lo cual le provoca un lastimoso barullo pulmonar idéntico al gorgoteo de la marea en las covachas de los cantiles, sin contar con que se desflema en privado con un pringue glauco-marrón sanguinolento y repugnantemente pegajoso, fiel retrato del empudrecimiento bronquial. No obstante lo acepta como justiprecio por aprender “El Nube”, idioma que cree haber desarrollado bastante bien. Así, en sus horas de melancolía, se le puede atisbar envuelto en su propia bruma tal que parece deshacerse en humo al contraluz enverjado del ventanal, desde el que la mar lo embruja de azul en las somnolencias de luna llena, chapareándose de reflejos, casi puede advertirse cómo le estruja la soledad...

...Y aquel alguien, por mor de entregarse, dejó de ser, y jamás existió.

El silencio imprevisto de Álvaro batió las alas de dos lágrimas, que elevaron su mirada lenta hasta clavarla en el poniente que desmenuzaba una laurisilva estridente de gorriones, que se emplazaba en el centro geométrico del patio por el que ya iban dispersándose aquellos humanitos con las cicatrices del alma en carne viva.

- *Hay que joderse con esta puta lluvia de los cojones*, mascullaba Martín Camacho, peón de la construcción, mientras iba recorriendo los ciento veintidós metros

de herrumbrienta alambrada que debían ser sustituidos por paramento de bloque en la trasera del manicomio, según el documento de la subcontrata firmado aquella misma tarde por su cuñado, Indalecio Bencómo Delgado.

El bueno de Martín sobrevivía con sus seis hijos gracias a las perrillas que sacaba en la empresa de contratas de Indalecio, juntándolas a las de algunas chapuzas que cazaba al vuelo y al sueldo como asistenta de Candelaria Bencómo, su mujer.

- ¡Déjate de coñas ! Tienes quince días para terminarlo o no gano un duro, le replicó el jefe, que caminaba un par metros ante él, sin volverse a mirarlo.

- ¿Y a qué vienen esas prisas ?, preguntó Martín metiéndose las manazas callosas en los bolsillos de su mono de trabajo, y parándose en seco.

- Pues muy sencillo, le contestó el cuñado mientras continuaba su marcha, *están hasta los huevos de que se les espachurren los locos en el fondo del barranco. Según me contaron, en nueve años ya van veinte ; son como borregos...*

- Un día se tiró uno, un tal Álvaro El Grande, deteniéndose y dirigiendo una mirada de complicidad a Martín , prosiguió *- ¡hay que joderse con el nombrecito... !.* Guardó luego un instante de silencio mientras encendía un cigarrillo, que se puso intensamente rojo al darle una profunda calada. El brillo, en la ligera obscuridad que ya comenzaba a adueñarse del espacio, alumbró unas décimas de segundo el rostro recio y cortado a mala leche. Tras saborear el humo continuó :

- Además, lo que son las cosas de la vida, a ese tipo lo metió mi padre aquí porque estaba como un “baifo” ; se dedicaba a hacer poesías, y se le viró el buche. ¡Buena, ya sabes, quince días, o me jodes !.

Se alejaron ambos cuchicheando sobre cierta casa de comidas donde tenían un vino nuevo cojonudo. Mientras tanto, con la magnitud de tonalidades que la uniforman, iba cayendo la tarde.

Tristán El Loco esclareció reventado como una pita en el fondo del Barranco Santos, descalzo y con los ojos bien abiertos. Durante mucho tiempo después, alguien continuó colocando sus zapatos junto al banco donde solía contar sus historias Álvaro El Grande, con la sana intención de disfrutar de la tranquilidad que daba despreocuparse de los internos hasta que sonaba el timbre de la cena pues, estos, con la simple contemplación de esos zapatos, se entregaban a un estúpido éxtasis, como si el “perito en cuentos” les siguiera ofreciendo, a esa hora indeterminada que precede al anochecer, una de sus peroratas.

Bueno ; todos, salvo Paco Chucho, que se buscaba de vez en cuando alguna pulga, verdadera o imaginaria, ¡vaya usted a saber !.